

## LAS “FORTALEZAS DE ENTRADA”, UN ELEMENTO DE LA POLIORCÉTICA CASTREÑA DESDE EL ENFOQUE DE LA CONQUISTA ROMANA<sup>1</sup>

Luis BERROCAL-RANGEL  
*Universidad Autónoma de Madrid*

### Resumen

Este artículo examina el desarrollo de los recursos defensivos del poblamiento prerromano del Oeste peninsular a la luz de la Arqueología y su interpretación a partir de las crónicas greco-latinas sobre la Conquista Romana. Se destaca la personalidad manifestada por un modelo que se define por la presencia de verdaderas “fortalezas de entrada”. Este modelo se inspira en la poliorcética mediterránea y centroeuropea prerromana, aunque no se manifestará como el recurso más importante de las poblaciones indígenas de Occidente hasta dichas guerras de conquista.

*Palabras clave:* Fortificaciones, castros, poblamiento prerromano, Guerras Lusitanas.

### Abstract

This paper analyses the development of fortifications of Late Iron Age in Western Spain from the archaeological evidence and the classical literary sources involved by the Roman Conquest at second and first century B.C. It is outstanding the importance of a defensive model, whose towers, bastions and ditches are densely located around the main gate and permits us the use of the terms “fortress of entrance”. This model reveals a Mediterranean and European origin (v.g. Euryalos; “protected entrances in Late La Tène oppida”), previous to Roman first presence in the region, although, then, it became the most important defence of the hillfort sites at the times of the Conquest.

*Keywords:* Fortifications, hill-forts, Lusitanian Wars, fortress of entrance.

### 1. LA “CONQUISTA DEL OESTE”, A LA LUZ DE LA ARQUEOLOGÍA DEL SIGLO XXI

Si se quiere sintetizar la Conquista romana del Occidente de la Península Ibérica, sin duda, el protagonismo histórico de las “Guerras Lusitanas” y de la figura de Viriato se presenta como primera, y a menudo única, referencia.

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado dentro del proyecto I + D + I “Las fortificaciones prerromanas de la Península Ibérica” (BHA2003-02199).

Tratados y relacionados ambos eventos como uno mismo, han sido en cierto sentido asimilados estratégicamente con las contemporáneas "Guerras Celtibéricas" y con el papel protagonista de Numancia (Knapp, 1977, 1986; Curchin, 1991; Pérez Vilatela, 2000...). Y, sin embargo, ni las llamadas Guerras Lusitanas se limitaron a las concernidas por el conocido caudillo céltico-lusitano ni su comparación con las Celtibéricas tiene apoyo alguno (Berrocal-Rangel, 1997 y 2003a).

Como sucesión de episodios bélicos más o menos concatenados en el tiempo y en el espacio, se desarrollaron entre el año 194 a.C., con los primeros altercados romanos con los "lusitanos", y el 93 a.C., fecha de la última campaña romana contra estos pueblos, comandada por *Lucinius Crassus*. Pero, frente a un tiempo tan dilatado, la mera revisión de sus acontecimientos demuestra que sus episodios no compartieron entre sí más que el territorio y unos protagonistas genéricos. A lo largo de todo el siglo II a.C., autores, escenarios, motivos y estrategias variaron notablemente desde los conflictos aislados iniciales, con intereses y factores diversos, a las verdaderas campañas de guerra abierta acaecidas entre los años 155 y 138 a.C., para pasar, por último, a una serie de cortas ofensivas de represión y pacificación a lo largo de las últimas décadas del siglo II y de las primeras del I a.C. Del impacto de tales actuaciones no sólo se derivaría toda la ocupación y urbanización del Oeste peninsular, incluidas la *Asturia* y la *Gallaecia*, sino una Romanidad que sólo tras dos siglos, bajo el imperio de Otón, admitiría los primeros colonos civiles en su capital, *Augusta Emerita* (*Florus: FHA*, IV: 107...). Tal era la fama y el temor implicado, y recordado, en no escasos libros de autoridad reconocida, como el mismo Varrón escribiría hacia el año 49 a.C. (*Res Rusticae*, I, 162: *vid. infra...*).

Y sin embargo las Guerras Lusitanas sólo son conocidas por los relatos recogidos por Livio y Apiano, más esporádicamente por Estrabón (Polibio), y por una sucesión de anécdotas no muy alejadas del género de ficción (García Moreno, 1988; López Melero, 1988; Pérez Vilatela, 1989; Guerra y Fabião, 1992; García Quintanella, 1993; Pastor, 2000...). En efecto, los restos arqueológicos que pudieran relacionarse con tantos y tan profusos hechos épicos son, hasta el momento, prácticamente desconocidos, una diferencia más frente a las coetáneas Guerras Celtibéricas, donde el acontecimiento principal protagonizado por el asedio de Numancia es reconocido arqueológicamente desde hace más de 150 años (una revisión reciente: Morales, 2002).

Las razones que explican este desequilibrio informativo son consecuencia, en parte, de las propias carencias de la Investigación, pero también lo atribuimos a la naturaleza de estos acontecimientos bélicos y a las características culturales de sus protagonistas. Se cuenta, eso sí, con algunos yacimientos con amplio registro armamentístico como Villasviejas del Tamuja (Hernández *et al.*, 1989; Hernández y Galán, 1996), pero sus presencias son ciertamente singulares ante un panorama dominado por la ausencia de grandes conjuntos de armas que, quizá por razones inherentes a las costumbres rituales y funerarias de los pueblos combatientes, impiden un conocimiento equiparable al legado armamentístico celtibérico (Lorrio, 2002; Sanz Mínguez, 2002...). Con todo, en nuestra opinión, el principal problema de la Investigación viene derivado de la propia naturaleza del conflicto lusitano, sobre líneas abiertas, donde los asedios de las fortalezas fueron escasos e intrascendentes, sin una *Numantia* o una *Segeda* parangonable, sencillamente porque ni los *oppida* celto-lusitanos ni la estructura social respondían a la complejidad de los protagonistas de las contiendas celtibéricas (Berrocal-Rangel, 1997).

Con tales constataciones se comprenderá mejor nuestra apuesta por compaginar las fuentes informativas de carácter histórico con las derivadas del conocimiento arqueológico, donde las aportaciones numismáticas y epigráficas conocidas con contexto datado juegan un papel fundamental.

En el Suroeste, los primeros episodios bélicos registrados acontecen entre los años 197 y 152 a.C., y se implican en una estrategia extraña, aquella desarrollada por Roma para consolidar el dominio sobre las tierras béticas mediante el establecimiento de alianzas y la fundación de destacamentos y colonias en tierras andaluzas. El supuesto "latrocinio" cultural de lusitanos y celtíberos, y los serios apoyos prestados a los focos de resistencia púnico-turdetanos (Chic, 1980; Pérez Vilatela, 2000), motivaron una respuesta inicial de carácter defensiva por parte de los pretores de la Ulterior hasta realizar, en el 185 a.C., la primera incursión por tierras betúricas, vettonas y lusitanas. Tal como Knapp planteó, dicha incursión supone el desplazamiento del sistema de "contención y contra-ataque" desde las tierras béticas aliadas a las más alejadas de la Beturia, que pretende ser configurada, a partir de entonces, como una "zona de barrera", un territorio ajeno destinado a ser el escenario de los próximos episodios bélicos (1977: 32).

El fracaso de esta estrategia se demuestra con la mítica figura de Viriato, quien no sólo no distanció la guerra del Guadalquivir sino que la llevó hasta el corazón de éste, ocupando las tropas lusitanas como es sabido hasta la misma *Corduba*... Por ello la consiguiente respuesta romana fue radicalmente diferente, pues se abandona todo planteamiento defensivo e incoherente por una estrategia general concreta y mantenida, un enfoque ofensivo del ejército romano que se encamina hacia el dominio de las tierras del Noroeste, aunque su culminación se retrase más de siglo y medio, en parte por los conflictos civiles que caracterizarán el suelo hispano (Harris, 1988: 244).

Por tanto, a partir del año 140 a.C., la estrategia romana es claramente ofensiva e implicó la presencia de fuertes contingentes militares sobre el terreno de manera perpetua y, por tanto, la aparición de los primeros establecimientos campamentales de un conflicto cuyos escenarios abarcan, ahora, una enorme extensión sobre bases de apoyo avanzadas: Servilio hace patente su presencia por todas las tierras al Sur del Tajo mediante establecimientos eventuales, *aestiva* o *hibernia*, predecesores de topónimos posteriores (*Castra Servilia*, *Castra Caepiana*, *Turris Caepionis*...); Junio Bruto avanza hasta el Miño mediante pactos con las poblaciones túrdulas de la costa (Santa Olalla...) y consolida una vanguardia accesible (Morón, Chôes de Alpompe, Alpiarça: Alarcão, 1983: 38; Fabião, 1993: 217...).

Con este proceso culminaría, hacia el 137 a.C., una primera fase de la "Conquista del Oeste", organizada según un plan costero y flanqueante que afectó escasamente al dominio de los pueblos del Interior. Lusitanos y vettones de las Beiras y de Extremadura obligaron a una segunda fase, más lenta y compleja en su desarrollo histórico (Alarcão, 1983: 28 ss. y 2001; Fabião, 1993: 217 ss. y 2001: 239). La *tabula alcantariensis* es prueba material del coste del proceso, aún no finalizado en el año 104 a.C. como los términos de la *deditio* permite comprobar (López Melero, 1988: 248 ss.; García Moreno, 1988). Posiblemente hasta la potente campaña de Licinio Craso en los entornos de la *Serra da Estrela*, en el 93 a.C., no se logre el dominio efectivo del territorio al sur del Duero y es, a partir de este período, cuando la Arqueología aporta los primeros campamentos romanos en Occidente, donde Cáceres el Viejo tiene el complemento del acuartelamiento de Lomba do Canho, Arganil (Fabião, 1989; Morillo, 2003).

El inicio de estas ocupaciones militares no se conoce bien, enmascaradas como está por las trascendentes guerras civiles posteriores. Los especialistas destacan la información transmitida por Plutarco (*Sert.*, 13,7) sobre el alineamiento de la Beturia Céltica y de la Lusitania bajo las tropas sertorianas (Spann, 1987: 52 ss.; García Morá y Pérez Medina, 1991: 76-77; García Morá, 1991; Ruivo, 1997) y la Arqueología la ratifica con el hallazgo de glandes de plomo con la inscripción *Q·SERTORI·PRO·COS* en San Sixto (Encinasola, Huelva) y el Castrejón de Valencia del Ventoso (Badajoz) (Pérez Macías, 1987: 34-36; Iglesias, 2001: 38). De igual

manera, las tierras de la Beturia oriental estarían dominadas por las legiones de Metelo, según se deduce de los restos hallados en el castillo de Azuaga (Stylow, 1991: 12) o de su referencia más determinante, el mismo *Metellinum*. A partir de estos datos y de otras referencias extraídas del transcurso de las operaciones entre los años 79 y 76 a.C. (Dipo, Lacóbriga, Conistorgis, Segovia...), hemos planteado la existencia de una línea de defensa sertoriana que, por el Este, superaba el cauce inferior del Guadiana para incluir el territorio occidental de Extremadura, la Beturia Céltica, hasta el precedente de la llamada “Vía de la Plata” (Berrocal-Rangel, 2003a: 194-195). La ruptura del frente y la derrota sertoriana en *Segovia*, Elvas, Portugal (76 a.C.) desplazó el escenario de esta guerra hacia el Nordeste de la Península, aunque no por ello las tierras del Suroeste quedarán pacificadas como prueba el testimonio de Varrón, quien desaconseja el establecimiento de colonos en la Lusitania en el año 48 a.C., a causa de la inestabilidad constante (*Res Rusticae*, I, 162).

## 2. DESARROLLO DEL MODELO: LA EVOLUCIÓN DE LAS FORTIFICACIONES

Esta dinámica resumida permite trazar unas premisas básicas que usamos como referencias históricas para proceder a un análisis prospectivo del desarrollo de la poliorcética indígena en el marco de la Conquista romana:

1. Durante los siglos IV y III a.C. las técnicas defensivas indígenas en el Occidente peninsular obedecen a tradiciones locales con mayor o menor influencia mediterránea, que nunca debe haber sido, a juzgar por los datos históricos, especialmente importante (Moret, 1991; Berrocal-Rangel, 2004).

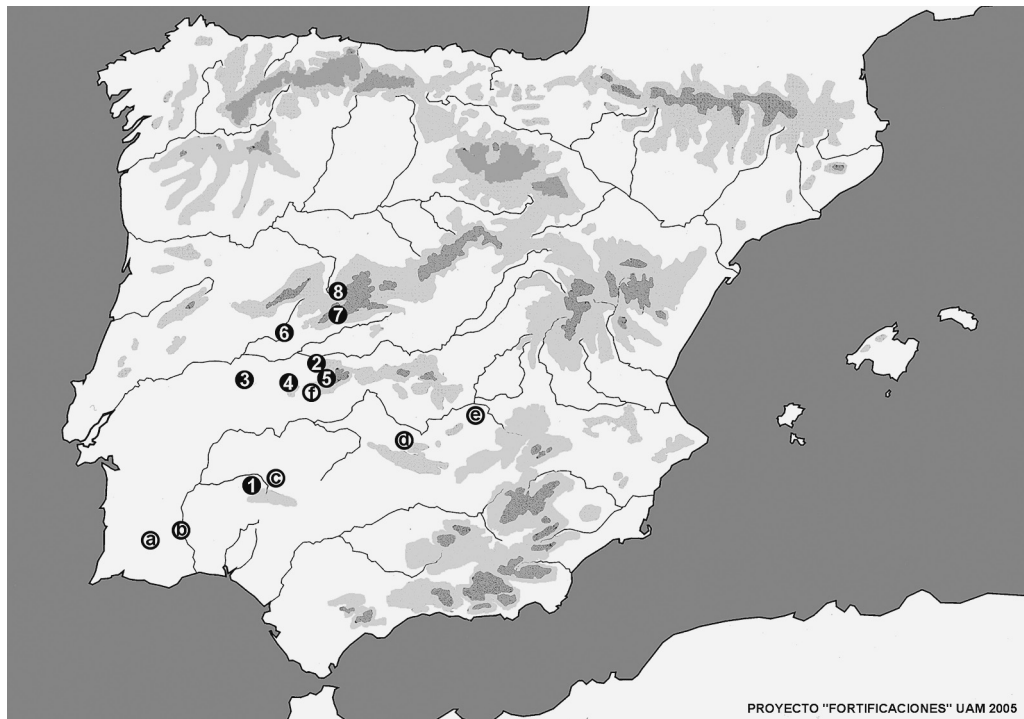
No obstante los asentamientos castreños demuestran un conocimiento poliorcético elemental, basado en la ocupación de enclaves fácilmente defendibles mediante el control y la limitación de sus accesos (p.e., la proliferación del uso de horcajos, de farallones, cerrotestigos, etc.), y mediante la construcción de líneas defensivas con cortinas amuralladas sencillas (adaptación a las curvas de nivel, aprovechamiento de afloramientos rocosos...), y la utilización de torres y bastiones macizos, como elementos de flanqueo regularmente emplazados. Así pueden considerarse las murallas de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Badajoz), del imponente *oppidum* de Mértola (Baixo Alentejo) o del no menos espectacular de La Bienvenida (Ciudad Real) –(Fernández Corrales *et al.*, 1988; Hourcade, Lopes y Labarthe, 2003; Zorzalejos *et al.*, 1994...). De igual modo responden a este esquema poliorcético Villasviejas del Tamuja y el Raso de Candeleda<sup>2</sup> (Hernández y Galán, 1996; Fernández Gómez, 1993 y 1998).

El Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz) presenta una doble línea amurallada con torres en esquinas y requiebros, una trayectoria sencilla en la que destaca una verdadera “fortaleza de entrada”, en el extremo oriental del casto, el único que es accesible con facilidad y en cuyo centro se emplaza la puerta principal (Figs. 1 y 2.1). Formada por bastiones rectangulares, probablemente huecos a juzgar por los sondeos YO-B y XO-Z, esta construcción estaba precedida a lo largo de sus 100 m de longitud por un foso de 11 m de ancho y 4 m de profundidad (Berrocal-Rangel, 1992: 186 ss. y 2003a). La estratigrafía en YO-A demuestra con claridad cómo la fortaleza estaba construida en el siglo IV a.C. Entre el foso y la muralla, sobre la berma interior, se dispusieron piedras aguzadas a modo de “chevaux de frise”, según

<sup>2</sup> Muchos de estos yacimientos han sido objeto de actuaciones de gran envergadura durante los dos últimos años, encaminadas a su musealización (p.e. Los Castillejos 2 o El Raso de Candeleda).

FIGURA 1

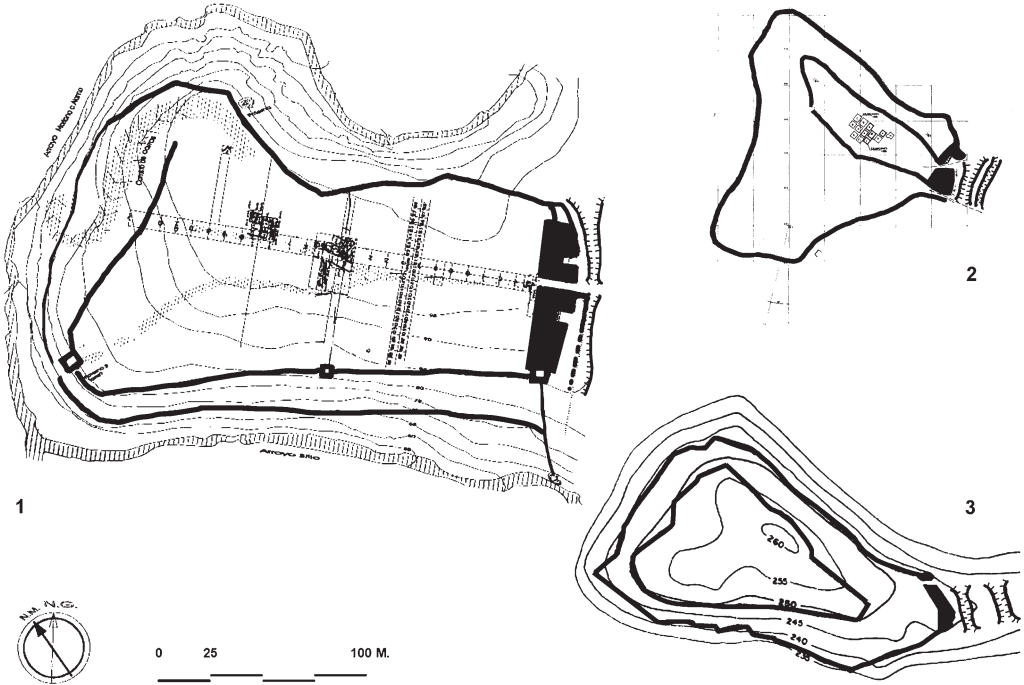
LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS PRERROMANOS CON FORTALEZAS DE ENTRADA: (1) CASTREJÓN DE CAPOTE; (2) CASTRO DE LA CORAJA; (3) EL CASTILLEJO DE GUTIÉRREZ; (4) EL CASTILLEJO DE CASAR DE CÁCERES; (5) LA DEHESILLA DE BERZOCANA. OTROS YACIMIENTOS CITADOS: (A) MESSAS DO CASTELINHO; (B) MÉRTOLA; (C) LOS CASTILLEJOS 2; (D) LA BIENVENIDA; (E) CERRO DE LAS CABEZAS Y (F) VILLASVIEJAS DEL TAMUJA.



se pudo constatar en YE-F, muchas caídas sobre el foso tras la amortización de éste (Berrocal-Rangel, 2003b: lám. 6). La fortaleza aglutina, por tanto, los principales recursos poliorcéticos del castro, que no son de una naturaleza compleja aunque sí acapararon una fuerte carga simbólica volcada especialmente en este extremo de entrada. Este planteamiento —engalanar la fachada—, inherente a cualquier comunidad por su simplicidad, tiene paralelos contemporáneos en poblados iberos del Bajo Ebro, algunos con una evidente inspiración helenística como es el caso del *oppidum* del Castellet de Banyoles, en Tivissa, Tarragona (Gracia, 1997: 213-220; Moret, 2002: 205-206; Berrocal-Rangel, 2004: 64-65).

En su entorno, tanto del Suroeste como del Nordeste, es posible documentar estructuras técnicas de mayor complejidad, que sí responden a conceptos mediterráneos importados de las colonias y de enclaves más meridionales, fundamentalmente de carácter púnico. Así creemos que hay que considerar la posible presencia de murallas de “cajones” o incluso de “casamatas” a modo de los que ocurre en una ruta paralela, en el centro peninsular, como se constata en yacimientos tan paradigmáticos como El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) y La Bienvenida (Alcudia, Ciudad Real), el primero con una muralla de cajones fechada en

FIGURA 2  
 CASTROS EXTREMEÑOS CON FORTALEZAS DE ENTRADA: (1) CASTREJÓN DE CAPOTE, (2) LA CORAJA, A PARTIR DE J. A. REDONDO, J. ESTEBAN Y J. L. SALAS 1991, Y (3) CASTILLEJO DE GUTIÉRREZ, SEGÚN A. MARTÍN BRAVO 1994.



el siglo IV a.C. y el segundo, con otra de casamatas, datada también a partir de estas fechas –(Vélez y Pérez, 1999: 48; Benítez, Esteban y Hevia, 2004: 82 y 120)<sup>3</sup>. Algo parecido parece constarse en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Badajoz) y Mesas do Castelinhos (Almodôvar, Baixo Alentejo), con murallas de “estancias adosadas” descritas como posibles casamatas (Fernández Corrales *et al.*, 1988: 81 y 106, y Fig. 4; Fabião, 1998: 211). Todos estos elementos deben relacionarse con el incremento de la influencia púnica en el interior peninsular aunque los emplazamientos bárquidas no sobrepasaron el valle del Guadalquivir por el Norte (Bendala y Blánquez, 2002-2003).

En general, conforme se van excavando estas posiciones, se reconoce la existencia de murallas desde fechas claramente prerromanas, al menos entre los siglos IV y III a.C., confirmando que la presencia de *oppida* fortificados en el Suroeste es muy anterior al dominio romano (Berrocal-Rangel, 2003a). *Myrtilis* (Mértola) o *Sisapo* (La Bienvenida) apoyan estas constataciones, que no pueden ser generalizadas a todos los enclaves centrales, bien porque sus dinámicas históricas no han permitido su constatación (Badajoz, Medellín), bien porque sencillamente no estuvieron ocupados en estos momentos.

<sup>3</sup> Agradecemos los datos de La Bienvenida nos han sido proporcionados por los directores de sus excavaciones, Carmen Fernández Ochoa, Mar Zarzalejos y Patricia Hevia.

2. Durante la primera mitad del siglo II (185-140 a.C.) se inician las incursiones romanas, en las que se citan los saqueos de *Dipo* (Juromenha-Badajoz) y *Toletum*. No hay asentamientos romanos de ningún tipo en las tierras betúricas, lusitanas y vetonas, básicamente porque no se realizaron actuaciones con intenciones de estabilidad en el interior de la Beturia y la Lusitania (Morillo, 2003). Y, además, durante gran parte de este período el escenario estuvo desplazado al Guadalquivir y, en consonancia, las tropas romanas hibernan en *Corduba*.

Sin embargo el panorama defensivo indígena muestra un cambio radical a partir de mediados del siglo II a.C., pues refleja, en nuestra opinión, la fuerte incidencia que este panorama bélico provocó en la forma de construir y utilizar las murallas indígenas. Así frente a la fortaleza de Capote se soterró el foso, posiblemente porque era un elemento insuficiente a la hora de ofrecer alguna resistencia efectiva frente a las posibles unidades legionarias romanas y su artillería de campaña. Quizá por ello se comprende el incendio generalizado y la posterior reconstrucción que separan ambas fases del hábitat de este yacimiento, como se demuestra en el caserío y en la condena del santuario central. La relación con la toma de Nertóbriga en el año 152 puede plantearse aunque no pasa de ser una conjetura interpretativa y una prueba más de la falta de dominio sobre estas tierras, dado que el ejército de la Ulterior volvía a hibernar en Corduba y es auxiliado por las legiones de la Citerior (Polibio, *Hist.*, 35, 2)-(Berrocal-Rangel, 1996).

La respuesta consecuente refleja la pretensión de adoptar nuevos recursos poliorcéticos, ya favoreciendo las vías de control de los accesos como impidiendo las aproximaciones incontroladas mediante la aplicación de diseños planimétricos de clara adscripción helenística y el uso de los materiales de construcción más espectaculares (como el aparejo ciclópeo y el ortostático).

Así interpretamos las obras de "renovación" realizadas en la fortaleza de Capote, ahora adoptando los elementos propios de lo que se ha denominado "sistema defensivo ampuritano" por estar documentado en las reformas del siglo IV a.C. acometidas en la colonia griega (Gracia, 1997: 207; Moret, 2001: 143...). El espacio ocupado por el viejo foso fue utilizado a modo de camino de ronda exterior, protegido por un antemuro que cierra sobre la puerta central gracias a la prolongación de ésta hacia el exterior por medio de sendos bastiones alargados. Las excavaciones abiertas sobre estos demuestran que, en este momento, estas torres o bastiones eran macizos en sus tramos externos, a diferencia con el período anterior. Esta disposición no debía considerarse más que para el piso inferior de la fortaleza, donde se ciegan puertas y portillos de "guardia", documentados al interior de la puerta principal. La fortaleza se constituye así en una vasta plataforma maciza a modo de las baterías artilleras helenísticas que, desde mediados del siglo III a.C., se extienden por los confines del Mediterráneo (Ober, 1987; Bakhuizen, 1986).

A favor de esta interpretación está el hallazgo de diversos elementos de ballista que, de confirmarse las identificaciones que proponemos, responderían a un modelo precedente de las *scorpionis* republicanas de Ampurias, La Caridad y Azaila (Vicente *et al.*, 1997; García Díez, 2002). En el caso de Capote el hallazgo de una rueda dentada de cabestrante y de un extremo de brazo, ambos en bronce, así como de algunos clavos de significativas cabezas semi-esféricas son suficientes para identificar esta sorprendente maquinaria de la artillería de torsión (Berrocal-Rangel 2004: lám. 4). La rueda, pequeña (3 cm de diámetro exterior) y sin perforaciones en el cubo, es un elemento complementario de un cabestrante complejo, propio de un arma de mayor envergadura que las *ballistae* citadas. En éstas, siguiendo las descripciones de la catapulta vitrubiana, se usa una sola rueda dentada y sucesivamente perforada en el tambor para permitir encajar la palanca sobre la que se realiza la fuerza de la tensión (Russo, 2004: 133 y 137 ss.). Pero es el extremo del brazo, curvo y terminado en forma de

“saco”, la pieza más singular de este conjunto por su rareza. Los escasos paralelos conocidos confirman la forma de vástago recto a partir de finales del siglo II a.C. mientras en los *braccia* de modelos anteriores, y la propia descripción vitrubiana, son curvos con extremos vueltos, como los gastrafetes helenísticos (Russo, 2004: 84 ss. y 127). Pero la disposición de estos *braccia* es un tema de arduo debate aún no resuelto, como explica A. Iriarte en un interesante trabajo (Iriarte, 2003).

Que la máquina de Capote es anterior al siglo I a.C. no sólo lo indica la amortización de sus restos en el nivel de ocupación 2 de Capote, entre el año 90 y 80 a.C., sino el estado fragmentado de las piezas, que incluso presenta el extremo de brazo serrado, el dato que permite comprender que tal maquinaria debía estar fuera de uso tiempo antes de su amortización definitiva.

Que la artillería de sitio fue masivamente usada por las legiones del siglo II a.C. lo confirma, no sólo la obra de Polibio indicando la dotación de 50 *ballistae* por legión, sino los numerosos restos e impactos localizados en las ciudades griegas y *oppida* del Sur de la Galia, conquistados por Roma en las mismas fechas (Deyber, 1996: 12). Sin duda por ello se constata esta acumulación de construcciones y recursos en torno a la fortaleza de entrada de Capote que demostraría que se trata de soluciones tardo-helenísticas adaptadas a la poliorcética tradicional indígena, en la que la defensa pivotaba sobre la inaccesibilidad de sus emplazamientos. Así se observa en la expansión del modelo “ampuritano” entre diferentes emplazamientos ibéricos durante los siglos previos a la llegada romana (Gracia, 1997: 207 ss.) y, más hacia Occidente, entre celtíberos y vettones, de la mano de las primeras legiones romanas, con ejemplos en el Cabezo de San Pedro (Oliete, Teruel) o en los castros de La Coraja y de Villasviejas del Tamuja, Cáceres (Vicente *et al.*, 1985: 74; Esteban, 1993: 71; Redondo *et al.*, 1991; Hernández *et al.*, 1989: 122), por citar excavaciones con cierta extensión abierta sobre el hábitat.

El Castillejo de la Coraja (Aldeacentenera, Cáceres) es otro buen ejemplo de castro con una “fortaleza de entrada”, aunque aquí las dimensiones menores permitan definirla a J. Esteban como una formidable “puerta-torre” precedida por una línea exterior de muralla, con portillo, y una línea doble de fosos (Figs. 1 y 2.2). Aunque se conoce poco del recinto defensivo del castro, es posible considerar esta línea exterior como un antemural similar al de Capote y Tivissa. Como estos yacimientos, La Coraja aprovecha un espigón o farallón escarpado cuyo único acceso fácil, por el Sureste, se cierra con la citada “fortaleza”. La cronología de este aspecto final se comprende mejor en una *fecha cercana a las postrimerías del siglo II a.C.* (Esteban, 1993: 71).

Pero los casos de Capote y La Coraja no fueron únicos, en absoluto, en el panorama castreño entre el Tajo y el Guadiana. En la exhaustiva obra de A. Martín Bravo sobre los castros cacereños es relativamente fácil encontrar otros ejemplos, aún cuando la gran mayoría de estos se basan en reconocimientos superficiales. El Castillejo de Gutiérrez (Alcántara), El Castillejo de El Casar de Cáceres, la Dehesilla de Berzocana, La Burra (Torrejón el Rubio), El Agujijón de Pantoja (Trujillo), Valdecañas (Almaraz) e incluso el conocido castro de El Berrocalillo (Plasencia) pueden responder a este modelo, aunque algunos son más elocuentes que otros (Figs. 1 y 2.3). Así ponemos, a modo de ejemplo, El Zamarril (Portaje), descrito por Martín Bravo como un castro en espigón cuyo acceso *está defendido por un foso que tiene 6 m de ancho en la parte tallada entre las rocas. Detrás se abren las puertas, protegidas por unas potentes construcciones que todavía impresionan por su tamaño. La primera se forma al ascender el recinto más externo hasta encontrarse con el intermedio, flanqueando entre ambos una entrada; el acceso al último recinto está constituido por bastiones de 2,85 m de anchura para defender una puerta de 3 m de vano* (Martín Bravo, 1999: 141 y 152 ss.). Para

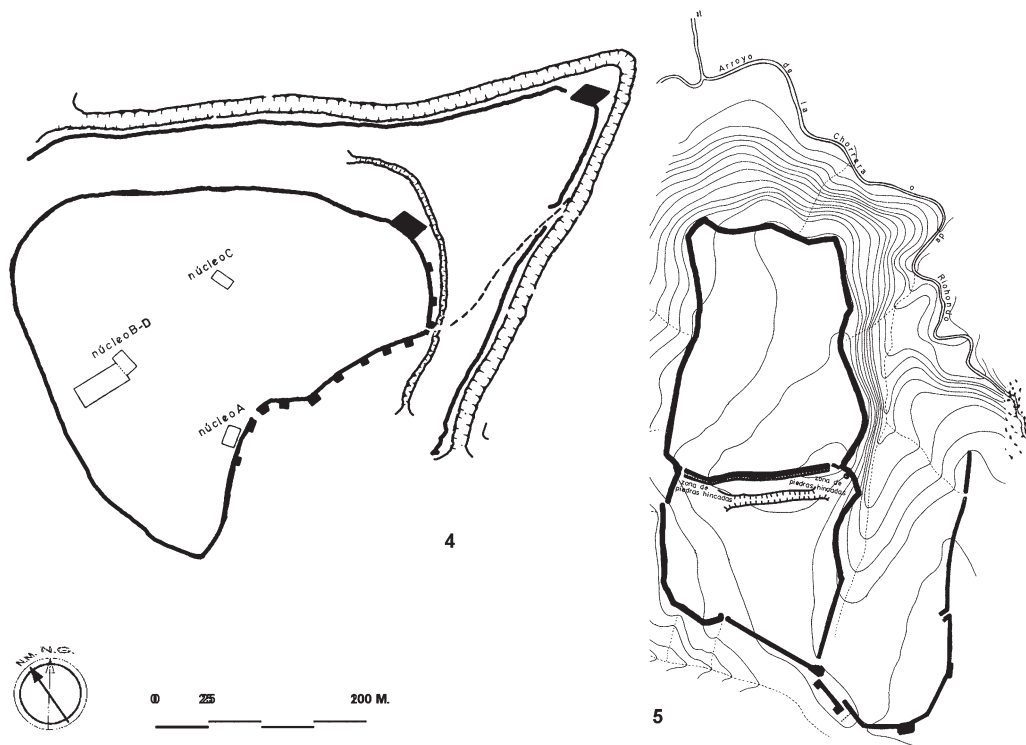


esta investigadora, las ocupaciones finales registradas en estos castros avalarían una datación de finales del siglo II e inicios del I a.C. (*ibídem*, 138 y 212).

Como reflejo de la ausencia de fronteras naturales entre el Sur del Guadiana y el Norte del Tajo, el modelo se proyecta más allá, hasta el verdadero límite que supone la Sierra de Gredos y el Sistema Central en general. Es significativo que se conozcan ejemplos en la misma Gredos abulense, tanto en la vertiente sur como en la septentrional. El primer caso es el *oppidum* de La Cabeza de La Laguna (Candeleda), más conocido como El Raso III (Figs. 1 y 3.4). El poblado se ocupa a finales del siglo III a.C. y se fortifica con dos líneas amuralladas que contornean un farallón sobre el Alardos (Fernández Gómez, 1998: 161 ss.). Sus murallas se dotan con bastiones cuadrangulares regularmente emplazados, con dos fosos y dos "fortalezas" que, si bien no defienden la entrada principal, sí están ubicadas en el tramo más accesible, aunque desde las alturas de la sierra: *Rebasado este gran foso, tenemos, en la parte más vulnerable del poblado, por delante de El Castillo, una serie de fosos menores, consecutivos, que se unen en los extremos para formar uno solo que se dirige hacia abajo, paralelo a la muralla... La fecha de construcción de las fortificaciones de El Raso hay que fijar en el mismo momento que la de las casas, por lo hasta ahora conocido. No debe ser anterior, por tanto, a finales del siglo III o principios del II a.C.* (Fernández Gómez, 1998: 170).

FIGURA 3

PLANIMETRÍAS DE CASTROS ABULENSES CON FORTALEZAS DE ENTRADA:  
 (4) EL RASO III, A PARTIR DE F. FERNÁNDEZ GÓMEZ 1998, Y (5) LA MESA DE MIRANDA, A PARTIR DE J. CABRÉ, E. CABRÉ Y A. MOLINERO 1950.

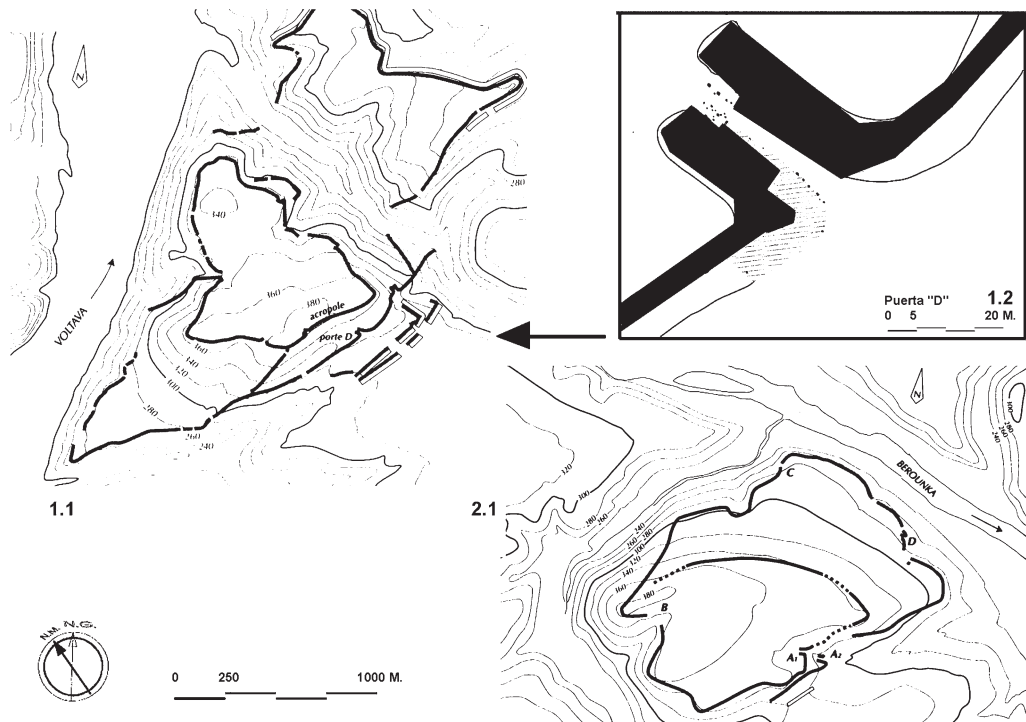


Pero, curiosamente, la "fortaleza de entrada" más conocida se emplaza al Norte de Gredos, en el castro de La Mesa de Miranda, Chamartín de la Sierra (Figs. 1 y 3.5). Denominada "cuerpo de guardia" por sus excavadores, se compone de dos torres cuadradas unidas por una cortina-pasadizo (Cabré, Cabré y Molinero, 1950; Álvarez-Sanchís, 1999: 13). Este "cuerpo de guardia" cubre la entrada principal del castro, de nuevo desde el único extremo accesible, al Suroeste. Cierra o, mejor, divide en dos dicha entrada al interponerse entre el antiguo acceso al "castillo cimero", recinto del siglo IV a.C., y el tercer recinto, o ampliación más moderna de la muralla. Como éste, el aparejo y la linealidad de trazado implica conocimientos técnicos desconocidos en las fases anteriores del poblado. Su construcción, sobre la zona VI de La Osera, asegura una fecha del siglo II a.C. (Álvarez-Sanchís, 1999: 162).

Afirmar, de entrada, que los modelos inspiradores de este sistema puedan buscarse en los primeros asentamientos romanos entre el Guadiana y el Tajo, como el caso "Hornachuelos" (Rodríguez Díaz, 1991), es cuando menos una apreciación superficial. Es cierto que las fortificaciones romanas influirán notablemente sobre el desarrollo del modelo, pero no parece que fueran su gestor principal. Porque no se puede negar la antigüedad de un sistema tan simple como es la "puerta-torre", conocida desde las postrimerías de la Edad del Bronce en yacimientos tan paradigmáticos como Biskupin (Lausitz, Polonia) y desarrollado durante el Hierro en otros no menos paradigmáticos, como Závist (Bohemia, Chequia)-(Collis, 1989: 50; Fichtl, 2000: 62-63). De igual forma, la reducción del extremo de acceso a un corto tramo de dos torres flaqueando la única puerta es un modelo conocido en el Levante español desde, al menos, el Bronce Final, aunque su desarrollo principal acontece durante la Edad del Hierro (Moret, 1996: 121). Pero incluso el modelo céltico conocido como *Zangertor* no supone, normalmente, algo más que una interrupción de la muralla acompañada por el engrosamiento de sus extremos, como también desarrollan los romanos (Fig. 5.3). Luego la tradición prehistórica puede explicar la importancia de "fortalecer" las puertas principales pero no la conversión de éstas en verdaderas "fortalezas de entrada", entendiéndose por tales, aquellas construcciones con suficiente personalidad planimétrica como para ser claramente diferenciables de la misma muralla, que se emplazan sobre o junto a la entrada principal del castro, o en su acceso más cómodo. El concepto es, por tanto, independientemente de características como el tamaño y los componentes defensivos, pues trasciende del detalle para resaltar su función, albergar un contingente de milicias y armas. Así puede entenderse desde la fortaleza de Capote al cuerpo de guardia de La Mesa de Miranda.

En este sentido es interesante observar que, entre las escasas puertas centroeuropeas conocidas con suficiente entidad, se constata el desarrollo de una complejidad que conduce a transformarlas en verdaderas "fortalezas de entrada" mediante el ensanche de sus extremos y la acumulación de elementos de flanqueo. Tal es el caso de la puerta "D" de Závist, fase 5 (Fig. 4.1). Como el mismo S. Fichtl sintetizó recientemente: *Pour la question de l'origine de cette portes rentrantes, deux théories s'opposent. L'une a été défendue, à partir des années trente, par plusieurs archéologues allemands tels que K. Bittel, puis Dehn, qui considèrent que ce plan découlé d'un modèle romain, illustré notamment par les portes de Stabies et du Vésuve à Pompéi. L'autre théorie, défendue en particulier par J. Collis et I. Ralston, fait état d'une origine celtique, comme le prouveraient des exemples mal datés tels que la Vogelsburg (Kr. Northeim)...Mais le cas le plus parlant reste la porte D de Závist (Bohême). Même si plusieurs exemples semblent indiquer une origine autochtone plus ancienne, il n'en reste pas moins que ce plan s'impose surtout pour les oppida de La Tène moyenne et finale. La connaissance des portes du domaine méditerranéen a pu contribuer à leur développement. En fait, ce type de porte es connu dans une grande partie du nord du monde méditerranéen à des périodes très variées...* (Fichtl, 2000: 64).

FIGURA 4  
 PLANOS DE *OPPIDA* CENTRO-EUROPEOS DEL SIGLO II A.C.  
 CON ENTRADAS FORTIFICADAS: (1) *OPPIDUM* DE ZÁVIST, CON DETALLE  
 DE LA PUERTA D – FASE 5, Y (2) *OPPIDUM* DE STRADONICE,  
 AMBOS A PARTIR DE S. FICHTL 2000.

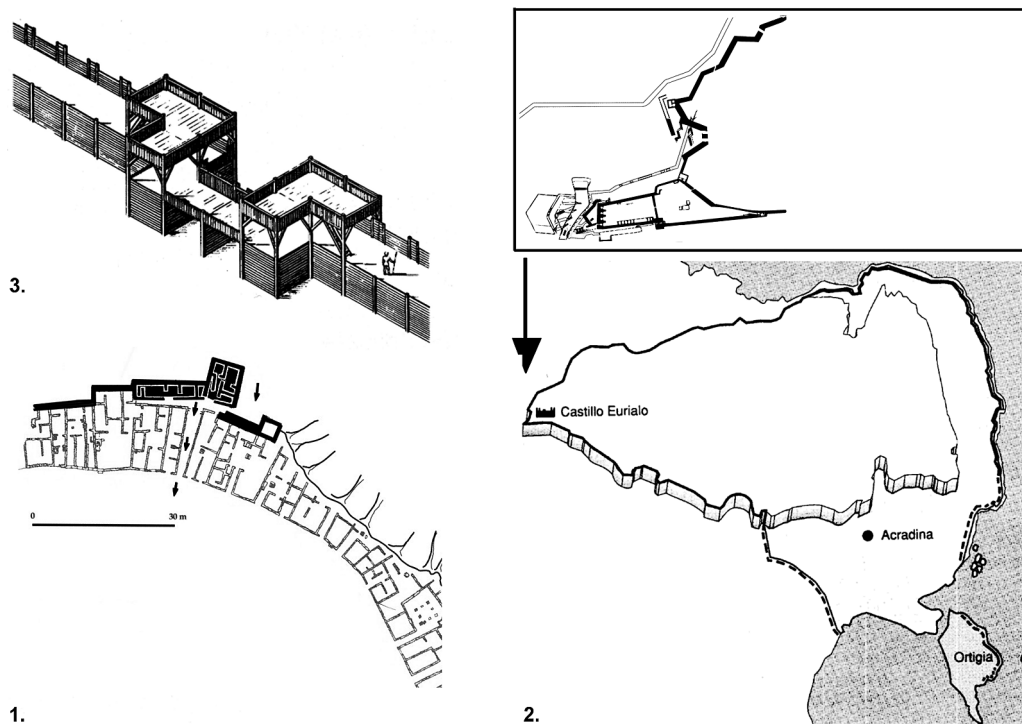


En paralelo con este proceso, los castros del Suroeste peninsular debieron admitir ideas y conceptos prestados de las escasas aplicaciones helenísticas que aparecen en la Península con cierta profusión –y más bien escasa calidad– a partir de la segunda mitad del siglo III a.C., de la mano de los arquitectos y militares bárquidas, autores de la “fortaleza de entrada” tunecina de Kerkouanne (Fig. 5.1). La expansión de las murallas de cajones por el Ebro y por la Meseta Sur, o la tímida presencia de casamatas a lo largo de los tramos iniciales de estas vías, ha sido contemplada desde esta óptica (Bendala y Blánquez, 2003; Prados Martínez, 2003; Berrocal-Rangel, 2004: 40-46). En esta línea entendemos la estructura pentagonal y posible presencia de casamatas en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, emplazada junto al tramo sur de la llamada “Vía de la Plata”, o en Mesas do Castelinhos, ya referidos.

Que estos castros indígenas del Suroeste no reflejan directamente la influencia romana es posible entenderlo porque, como se ha argumentado anteriormente, sólo fueron escenarios esporádicos de los acontecimientos bélicos del siglo II a.C., muy al contrario de los *oppida* y *civitates* del Guadalquivir, los que formaron la vanguardia de Viriato. Así, pese a los niveles de incendios menores localizados en las secuencias de los castros célticos de Los Castillejos de Fuente de Cantos, Capote, Belén..., la vida se renueva en ellos, siguiendo las mismas pautas constructivas aunque con una mejora de las condiciones de vida indudable, a juzgar

FIGURA 5

(1) FORTALEZA DE ENTRADA DE LA MURALLA PÚNICO-HELENÍSTICA DE KERKOUANE, A PARTIR DE M. H. FANTAR 1984; (2) PLANO DE SIRACUSA, Y DETALLES DE LA PUERTA Y DE LA FORTALEZA GRIEGA DE EURIALO, A PARTIR DE J.-P. ADAM 1982; (3) PUERTA REPUBLICANA COMPLEJA DE UNA FORTIFICACIÓN ROMANA SEGÚN A. JOHNSON 1987.



por el aumento de las superficies ocupadas, por la proliferación de cerámicas y bronce importados, y por la aparición generalizada de monedas alóctonas (Berrocal-Rangel, 1996: 424 ss.). Al final de esta intensificación del poblamiento cobrarán especial importancia la ocupación de nuevos asentamientos de pequeño tamaño y emplazamientos especialmente inaccesibles, que aprovechan canchales o roquedales para incrementar la defensa, como la Peña de San Sixto (Encinasola, Huelva) y los Castejones de Bodonal (Badajoz)-(Pérez Macías, 1987; Berrocal, 1992).

3. Con ellos, entre mediados del siglo II e inicios del I a.C. (140-76 a.C.) tuvo lugar la aparición de los primeros municipios romanos, ya por fundación *ex novo* como por la potenciación de algunos *oppida* indígenas, aunque su presencia arqueológica no se manifestarán con claras características romanas hasta la segunda mitad del siglo I a.C. (por ejemplo, en Mirobriga y en Nertóbriga: Pastor *et al.*, 1992: 88 y Berrocal-Rangel, 1992: 309, respectivamente; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001). La dinámica bélica narrada en las crónicas greco-latinas aporta una explicación tanto para nuevas iniciativas entre las comunidades indígenas, siempre con claros componentes defensivos a juzgar por el referido texto de Varrón (49 a.C.), como

para la aparición de las primeras construcciones defensivas romanas, aún excepcionales, como el caso de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz: Rodríguez Díaz, 1991).

La inestabilidad materializada en el establecimiento de verdaderos frentes de guerra, mantenidos durante años, permite comprender la intensificación en el interés por controlar las vías de comunicación, interés ahora manifestado con carácter masivo mediante la ocupación de pequeños asentamientos cercanos a los caminos secundarios, sin gran dominio en altura pero con accesos cortos y difíciles por el uso trabajado de afloramientos rocosos, cursos menores de agua, pendientes acusadas, e, incluso, un cierto aparejo "ciclópeo" como puntualizó con acierto A. Rodríguez Díaz (p.e. en el Cantamento de la Pepina y en Bodonal, ambos, castros sobre la Real Cañada Leonesa Occidental: Rodríguez Díaz, 1991; Berrocal-Rangel, 1992: 213).

Este modelo fue el usado en los citados castros indígenas, pero donde se revela con mayor interés es en el Castelo da Lousa (Mourao, Alto Alentejo), primer ejemplo de arquitectura romana en el cauce inferior del Guadiana. Independientemente de los paralelos arquitectónicos que han llevado a algunos investigadores a interpretarlo como hábitat rural sin connotaciones militares, Lousa presentaba un emplazamiento prácticamente colgado sobre el Guadiana –hoy anegado por el Embalse de Alqueva–, que aprovecha un imponente farallón cuarcítico mediante su talla para restringir al máximo el acceso. Una planimetría compleja, pensada para albergar durante largos períodos a una pequeña población, con un aljibe central de más de 8 m de profundidad, reflejaría un carácter defensivo innegable. No obstante, la aparición de nuevas estructuras en su entorno obliga a una lógica prudencia a la espera de la publicación de la excavación completa de este, aún denominado, "enigmático monumento" (Gonçalves y Carvalho, 2002). Los restos arqueológicos, aunque mayoritariamente de época Julio-Claudia, no pueden enmascarar su origen fundacional a inicios del siglo I a.C. (como en el Castelo de Manuel Galo, Ourique, Baixo Alentejo: Maia, 1986: 215; Wahl, 1985; Berrocal-Rangel, 1992: 280; Moret, 1999...). De igual modo, la cultura material del momento manifiesta profundas alteraciones en los castros indígenas ocupados con anterioridad, muchos de los cuales son abandonados en esta fase (Fabião, 2001: 238). Así se comprueba en los casos del Castrejón de Capote y de Mesas do Castelinho (Almôdovar, Beja). Ambos poblados son destruidos de forma súbita, sus defensas desmanteladas y soterradas hasta culminar en una verdadera damonación de tales fortificaciones.

En la fortaleza de Capote, los sondeos sobre el bastión YO-B documentaron un túmulo escalonado realizado con mampuestos y cascotes hasta cubrir, con orlas intermedias, todas las alturas de las torres y bastiones. La ausencia de materiales y de estratos fechables con posterioridad al año 80 a.C. en todo el castro nos conduce a interpretar este desmantelamiento durante la caída del frente sertoriano en el 76 a.C. (Berrocal-Rangel y Ruiz Triviño, 2003b: 31 ss.).

Igual fecha y relación estratigráfica se comprobó en el castro de Mesas do Castelinho, en el límite meridional de las poblaciones "célticas" (Fabião y Guerra, 1994). En él se documentó cómo una muralla prerromana con posibles casamatas (*pouco espessa, que desenha, em plano, uma linha quebrada; e que, simultaneamente, constitui as paredes de diferentes compartimentos, que lhe estariam adossados pelo interior*. Fabião, 1998: 311) fue soterrado bajo un túmulo intencionadamente levantado sobre ella, sin señales claras de destrucción violenta, en palabras de sus excavadores C. Fabião y A. Guerra: *A orientação destas camadas de enchimento exclui qualquer possibilidade de se poder tratar de um desmoronamento progressivo ou resultante de acção violenta* (Fabião, 1998: 313). El caso no fue exclusivo del Suroeste e, incluso, debía responder a alguna costumbre relativamente consolidada en el Ejército republicano pues se conoce en el la puerta principal de *Carteia*, no lejos en el tiempo –finales del siglo II a.C.– ni en el espacio (Roldán, Bendala, Blánquez y Martínez Lillo, 1998: 153-154 y 184; Roldán *et al.*, 2002: 217).

En suma, la documentación de glandes de plomo en San Sixto y el Castrejón de Valencia, y la búsqueda de nuevos emplazamientos con mayores dificultades de acceso –y con aparejos ciclópeos–, deben entenderse como evidencias poliorcéticas relacionadas con la presencia estable de unidades legionarias durante y entre las Guerras Civiles del siglo I a.C. En ellas las dotaciones de artillería de torsión debían ser importantes y, por ello, las defensas indígenas buscan mejorar la resistencia de las líneas de muralla, algo que diferencia las estrategias de las anteriores, cuando los “ejércitos” lusitanos buscaban resolver los episodios bélicos en el exterior de los poblados. Pero, dada la mala calidad de las construcciones peninsulares, los recursos poliorcéticos principales favorecerán nuevos emplazamientos especialmente inaccesibles o reforzarán los anteriores mediante la excavación de fosos, el uso del aparejo ciclópeo e incluso la utilización de barreras de piedras hincadas documentadas en los castros del Pico del Castillo (Aroche), Passo Alto (Serpa), Batalla del Pedruégano (Fregenal de la Sierra) y *Regina tourdulorum* (Berrocal-Rangel, 2003b, con la bibliografía específica).

En este contexto se concibe el desarrollo final, de carácter monumental y masivo, de las “fortalezas de entrada” y, sin duda, la construcción de campamentos romanos caracterizada por sus fosos y puertas defendidas con torres flanqueantes (Johnson, 1987: 99) tuvo que influir en esta especialización. Sin embargo, por el momento, no se reconocen construcciones indígenas con planimetrías típicamente romanas como las derivadas de las puertas “en clavícula” tan características de los campamentos republicanos, más o menos estables (Reddé, 2003: 154), por lo que no es factible concebir estas fortalezas como un elemento de “aculturación” directa, derivada de la Conquista.

4. A partir del año 49 a.C., los asentamientos romanos proliferan por todo el territorio, bien en forma de “villas fortificadas” como de “enclaves” municipalizados, y amurallados, pero sin rasgos defensivos fundamentales. Evidentemente, el cambio geopolítico gestado tras las guerras civiles condujo a la consolidación definitiva del proceso de romanización del Suroeste, como manifiestan las inversiones públicas acaecidas en los antiguos *oppida* a partir de Octaviano, a modo de “núcleos de romanización” inmersos en una “política de enclaves” (Álvarez *et al.*, 1985; Fernández Corrales, 1988: 29; Berrocal-Rangel, 1988: 64).

Asentamientos *ex novo*, construcciones regulares planificadas y realizadas con *opus caementicium* y sillarejos, emplazamientos de habitabilidad más favorable y otros rasgos de la romanidad incipiente implican una ruptura con el poblamiento anterior que se acentúa con la falta de contextos relacionables directamente con la Guerra Civil entre César y Pompeyo. Los campamentos militares como “Cáceres el Viejo” y Lomba do Canho (Arganil) continuaron ocupados a lo largo de todo el siglo I a.C., como al Sur del Guadiana se observa en el Castelo da Lousa y en la proliferación de los llamados *castella* bajo-alentejanos, que junto a asentamientos menores que, con el nombre de “villas fortificadas” (p.e. Castelinhos do Rosario), aluden a una ocupación más compleja y novedosa del territorio (Ulbert, 1984: 203 y 257; Fabião, 1989: 48; Calado, 1993: 158; Correia y Burgess, 2004; Mataloto, 2004...).

En todos estos yacimientos, las plantas regulares y los alzados con sillarejos trabados con hormigón implican unas técnicas constructivas nuevas, mejor realización y una complejidad planimétrica que se diferencia notablemente de la tradición edilicia indígena, pero que desarrolla la categoría previa de “torres-atlayas” precisamente por la importancia que la explotación de los recursos mineros del Noroeste implica en el control de los caminos interiores (Alonso Sánchez, 1988) y en los accesos a las nuevas ciudades (Salguero, 1999; Berrocal-Rangel, 2003a: 209; Mataloto, 2004: 51; Correia y Burgess, 2004; Moret, 2004; Ortiz y Rodríguez Díaz, 2004), etcétera.

### 3. CONCLUSIONES

Este estudio analiza la evolución de los recursos defensivos de la arquitectura castreña a partir de los conocimientos sobre las guerras de conquista romanas, incluyendo en este concepto los conflictos civiles del siglo I a.C. por la importancia transformadora sobre las poblaciones y las culturas indígenas que tales episodios bélicos propiciaron. Se pretende, con ello, contribuir en la aclaración de la dinámica de "préstamos" e "influencias" que pudieran comprenderse bajo el término "aculturación", de la mano de un proceso de conquista, eje vertebrador de este volumen de *Norba*.

En este sentido se puede afirmar que la complejidad poliorcética aparece en los asentamientos castreños del Tajo y del Guadiana en un mismo proceso y período general, aunque puedan matizarse diferencias en función de la latitud de los emplazamientos y, especialmente, de su longitud E-W. Este proceso hunde sus raíces en la tradición constructiva indígena, manifestada especialmente a partir del siglo IV a.C., y no incorpora soluciones "mediterráneas" hasta avanzado el siglo III a.C., sin duda por influencia de la proyección imperialista de los Barca.

Así algunos poblados emplazados en las vías de penetración e intercambio principales demuestran el conocimiento de técnicas defensivas de inspiración helenística, adoptando sistemas de murallas con casamatas, antemuros y/o fosos, pero en una edificación de escasa calidad, típicamente peninsular (son los casos de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, Mesa dos Castelinhos, La Bienvenida, Cerro de las Cabezas...). Durante la primera mitad del siglo II a.C., los acontecimientos bélicos de la Conquista implican escasas innovaciones inmediatas en los sistemas defensivos indígenas pero supondrán un punto de inflexión a partir de la fase posterior. Las guerras lusitanas entre el Guadiana y el Tajo se desarrollan básicamente en campo abierto y, por ello, no se manifiestan "préstamos" romanos en las construcciones indígenas, sino que se consolidan las influencias helenísticas, especialmente en las entradas.

Sin embargo, entre los años 79 y 76 a.C., las iniciativas sertorianas en este territorio implicarán un claro protagonismo del asedio como fiel de la balanza, como se manifiesta en el establecimiento de frentes estables organizados en torno a asentamientos fortificados romanos e indígenas. La influencia de aquellos sobre estos se observa en la mejora conceptual de la edificación, promoviendo medidas para lograr mayor solidez a las cortinas amuralladas (paramentos ciclópeos, regulares...), favoreciendo esquemas "amporitanos" de defensas avanzadas (antemuros y fosos) y, para alejar al enemigo, el uso de artillería de torsión, barreras de piedras hincadas, antemuros, etc. Todos estos recursos se concentran en las entradas más accesibles, hasta confirmar el éxito de éstas como verdaderas "fortalezas de entrada".

Pero estos avances no van acompañados de otros de carácter técnico, como el uso de sillares y sillarejos, de *opus latericum* o del hormigón. Ello concluye en la escasa eficacia final de estas medidas y en la desaparición de toda "poliorcética" indígena a partir del 49 a.C.

### 4. BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, J.-P.  
(1982): *L'Architecture militaire grecque*, CNRS-Picard, Paris.
- ALARCÃO, J. de  
(1983): *Roman Portugal*, Warmisnter.

ALONSO SÁNCHEZ, A.

(1988): *Fortificaciones romanas en Extremadura. La defensa del territorio*, UEX, Salamanca.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.; DE LA BARRERA, J. L. y VELÁZQUEZ, A.

(1985): "El tiempo antiguo", en Barrientos, Cerrillo y Álvarez (eds.), *Historia de Extremadura*, I, pp. 101-180.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.

(1999): *Los vettones*, BAH, 1, Madrid.

BAKHUIZEN, S. C.

(1986): "La gran batterie de Goritsa et l'artillerie défensive", en Leriche y Treziny (eds.), *La fortification dans l'Histoire du Monde Grec*, pp. 315-322.

BENDALA GALÁN, M. y BLÁNQUEZ, J. J.

(2002-2003): "Arquitectura militar púnico-helenística en *Hispania*", en M. Bendala, P. Moret y F. Quesada (eds.), *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.C.*, CupaUAM, 28-289, pp.145-160.

BENÍTEZ DE LUGO, L.; ESTEBAN, G. y HEVIA, P.

(2004): *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*, Biblioteca Oretana, 1, Puertollano

BERROCAL-RANGEL, L.

(1992): *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2, Madrid.

(1996): "Fortificación, guerra y poblamiento en la Beturia. Consideraciones sobre el altar de Capote y la conquista del Suroeste", *REE (Homenaje a Álvarez y Sáez de Buruaga)*, LII-II, pp. 411-440.

(1997): "A propos des peuples, des armes, et des sites pendant les Guerres Lusitaniennes: une vision d'ensemble", en M. Feugère (ed.), *L'Équipement militaire et l'armement de la République (Ive-Ier S. avant J.-C.)*, JRMES, 8, pp. 123-136.

(2003a): "Poblamiento y defensa en el territorio céltico durante la Época republicana", en A. Morillo, M. Cadiou y D. Hourcade (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Casa de Velásquez-Universidad de León, Salamanca, pp. 185-218.

(2003b): "La expansión meridional de los chevaux de frise: los castros célticos del Suroeste", Alonso *et al.* (eds.), *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*, Lleida, pp. 209-232.

(2004): "La Defensa de la Comunidad. Sobre las funciones emblemáticas de las fortificaciones protohistóricas peninsulares", *Gladius*.

BERROCAL-RANGEL, L. y RUIZ TRIVIÑO, C.

(2003): *El Depósito Alto-imperial de Capote*, Memorias de Arqueología Extremeña, 5, Mérida.

CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO, A.

(1950): "El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)", *Acta Arqueológica Hispana*, V, Madrid.

CALADO, M.

(1993): *Carta arqueológica de Alandroal*, Alandroal.



CHIC GARCÍA, G.

(1980): "Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía", *Gades*, 15-25, Cádiz.

COLLIS, J.

(1989): *La Edad del Hierro en Europa*, Labor edt., Barcelona.

CORREIA, V. H. y BURGESS, C.

(2004): "Habitats fortificados da tardía Idade do Ferro e Roamano-republicanos na área de Évora: Quadro geral e problemática", en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, fortines y casas fortificadas*, Universidad de Jaén, pp. 55-64.

CURCHIN, L. A.

(1991): *Roman Spain. Conquest and Assimilation*, London.

DEYBER, A.

(1996): "L'artillerie romaine republicaine en Gaule", en M. Reddé (ed.), *L'Armée Romaine en Gaule*: 12, París.

ESTEBAN, J.

(1993): "El poblado y la necrópolis de La Coraja", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 2, pp. 55-112.

FABIÃO, C.

(1989): *Sobre as ânforas do Acampamento romano da Lomba do Canho (Arganil)*, Cuadernos de UNARQ, 1, Lisboa.

(1993): "O Passado Protohistórico e Romano", en J. Matosso (ed.), *Historia de Portugal*, 1, pp. 76-119.

(1998): *O mundo indígena e a sua Romanização na área céltica do territorio hoje português*, Disertação de doutoramento, Universidade de Lisboa.

(2001): "O povoamento do Sudoeste peninsular: continuidades e rupturas", en L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas en las Galias e Hispania*, pp. 213-226.

FABIÃO, C. y GUERRA, A.

(1994): "As ocupações antigas de Mesas do Castelinho (Almodôvar). Resultados preliminares das campanhas de 1990-1992", *V Jornadas Associação dos Arqueólogos Portugueses*, vol. 2, pp. 275-289.

FANTAR, M. H.

(1984): *Kerkouane, cité penique du Cap Bon*, vol. 1, Túnez.

FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.

(1988): *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial*, UEX, Cáceres.

FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.; SAUCEDA, M. I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(1988): "Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos (Fuentes de Cantos, Badajoz)", *I Jorn. Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, EA, I, pp. 69-88.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.

(1993): "El Raso de Candeleda (Ávila). De la Prehistoria a la Romanización", en M. Salinas et al., *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 7, Mérida, pp. 145-188.

(1998): "La Edad del Hierro", en M. Mariné (ed.), *Historia de Ávila. Vol. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila, pp. 105-280.

FICHTL, S.

(2001): *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J.-C. à 15 ap. J.-C.*, París.

GARCÍA DÍEZ, F.

(2002): "Las catapultas de Azaila (Teruel)", en A. Morillo (ed.), *Arqueología Romana en Hispania*, Gladius Anejos, 5, Madrid, pp. 293-302.

GARCÍA MORÁ, F.

(1991): *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio. Planteamientos iniciales*, Universidad de Granada.

GARCÍA MORÁ, F. y PÉREZ MEDINA, M.

(1991): "Algunos aspectos del conflicto sertoriano en tierras béticas", en C. González Román (ed.), *La Bética en su problemática histórica*, pp. 63-85.

GARCÍA MORENO, L.

(1988): "*Hispaniae tumultus*. Rebelión y violencia indígena en la España romana de Época republicana", *Polis*, I, pp. 96-97.

GARCÍA QUINTANELA, M. V.

(1993): "Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea", *Polis*, 5, pp. 111-138.

GONÇALVES, A. y CARVALHO, P. C.

(2002): "Intervenção arqueológica no Castelo da Lousa (1997-2002): Resultados pre-liminares" en A.C. Silva (ed.), *Arqueología no Alqueva*, Al-Madán, 11, pp. 181-188.

GRACIA ALONSO, F.

(1997): "L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la Conquête du Nord-Est de la Péninsule Ibérique (218-195 av. J.-C.)", en M. Feugère (ed.), *L'Équipement militaire et l'armement de la République (Ive-Ier S. avant J.-C.)*, JRMES, 8, pp. 201-231.

GUERRA, A. y FABIÃO, C.

(1992): "Viriato. Genealogía de um mito", *Penélope*, 8, pp. 9-23.

GUNDEL, H. G.

(1968): "Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos. 147-139 a.C.", voz de la R. E. Pauly-Wissova.

HARRIS, W.V.

(1988): *War and Imperialism in Republican Rome. 327-30 B.C.*, Oxford.

HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, M. D. y SÁNCHEZ, M. A.

(1989): *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*, ERE, Mérida.

HERNÁNDEZ, F. y GALÁN, E.

(1996): *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres)*, EA, VI, Cáceres-Mérida.

HOURCADE, D.; LOPES, V. y LABARTHE, J.-M.

(2003): "Mértola: la muraille de l'Âge du Fer", *Revista Portuguesa de Arqueología*, 6 (1), pp. 175-210.

IGLESIAS VICENTE, J.

(2001): "Los yacimientos romanos en Fuente de Cantos", *Actas I Jornada de Historia de Fuente de Cantos (2000)*, Fuente de Cantos, pp. 33-41.

IRIARTE, A.

(2003): "The inswinging theory", *Gladius*, XXIII, pp. 111-140.

JOHNSON, A.

(1987): *Römische Kastelle des 1. und 2. Jahrhunderts n. Chr. in Britannien und in den germanischen Provinzen des Römerreiches*, Mayenza.

KNAPP, R.

(1977): *Aspects of the Roman Experience in Iberia. 206-100 B.C.*, Anejos a Hispania Antiqua, IX, Valladolid.

(1985): "The significance of Castelo da Lousa", *Actas III Col. Linguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, pp. 159-163.

LÓPEZ MELERO, R.

(1988): "Viriatius Hispaniae Romulus", *Espacio, tiempo y forma*, II.1, pp. 247-263.

LÓPEZ MELERO, R.; SALAS, J.; SÁNCHEZ ABAL, J. L. y GARCÍA JIMÉNEZ, S.

(1984): "El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.", *Gerión*, 2, pp. 265-324.

LORRIO ALVARADO, A. J.

(2002): "Problemas de cronología en la panoplia celtibérica", en P. Moret y F. Quesada (eds.), *La guerra en el Mundo ibérico y celtibérico*, Madrid, pp. 65-86.

MAIA, M.

(1986): "Os castella do Sul de Portugal", *MM*, 27, pp. 195-223.

MARTÍN BRAVO, A. M.

(1999): *Los orígenes de Lusitania. El Primer Milenio A.C. en la Alta Extremadura*, BAH, 2, Madrid.

MATALOTO, R.

(2004): "Fortins romanos do Alto Alentejo: Fortificação e povoamento na segunda metade do séc. I a.C.", en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, fortines y casas fortificadas*, Universidad de Jaén, Jaén, pp. 31-54.

MORALES HERNÁNDEZ, F.

(2002): "La circunvalación escipiónica de Numancia: viejos y nuevos datos para una interpretación", en A. Morillo (ed.), *Arqueología Romana en Hispania*, Gladius Anejos, 5, Madrid, pp. 283-292.

MORET, P.

(1991): "Les fortifications de l'Âge du Fer dans la Meseta espagnole: origine et diffusion des techniques de construction", *Melanges CV, XXVII* (1), pp. 5-42.

(1996): *Les Fortifications Ibériques de la Fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 56, Madrid.

(1999): "Casas fuertes romanos en la Bética y la Lusitania", en J.-G. Gorges y G. Rodríguez Martín (eds.), *Économie et territoire en Lusitanie romaine.*, Coll. CV, 651, pp. 55-87.

(2002): "Les fortifications ibériques complexes. Questions de tracé et d'unité de mesure", en P. Moret y F. Quesada (eds.), *La Guerra en el Mundo ibérico y celtibérico*, Coll. Casa Velázquez, 78, Madrid, pp. 189-215.

(2004): "Tours de guet, maisons à tour et petits établissements fortifiés de l'Hispanie républicaine: l'apport des sources littéraires", en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, fortines y casas fortificadas*, Universidad de Jaén, Jaén, pp. 13-30.

MORILLO CERDÁN, A.

(2003): "Los establecimientos militares temporales: conquista y defensa del territorio en la Hispania republicana", en A. Morillo, M. Cadiou, D. Hourcade (eds.), *Defensa y*

*territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Casa de Velásquez-Universidad de León, Salamanca, pp. 41-80.

OBER, J.

(1987): "Early artillery towers: Messenia, Boiotia, Attica, Megarid...", *American Journal of Archaeology*, 91, pp. 569-604.

ORTIZ ROMERO, P. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(2004): "La torre de Hijojejo: génesis, evolución y contexto de un asentamiento fortificado...", en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, fortines y casas fortificadas*, Universidad de Jaén, Jaén, pp. 77-96.

PASTOR MUÑOZ, M.

(2000): "La figura de Viriato y su importancia en la sociedad lusitana", en J.-G. Georges y T. Nogales (eds.), *Sociedad y cultura en Lusitania Romana*, pp. 35-52.

PASTOR MUÑOZ, M.; PACHÓN, J. A. y CARRASCO, J.

(1992): *Miróbriga. Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Cabezo (Capilla, Badajoz)*, ERE, Mérida.

PÉREZ MACÍAS, J. A.

(1987): *Carta arqueológica de los Picos de Aroche*, Huelva.

PÉREZ VILATELA, L.

(2000): *Historia y etnología de la Lusitania*, BAH, 6, Madrid.

PRADOS MARTÍNEZ, F.

(2003): *Introducción al estudio de la Arquitectura púnica*, UAM Ediciones, Madrid.

REDDÉ, M.

(2003): *Alésia*, Coll. Hauts lieux de l'histoire, París.

REDONDO, J. A.; ESTEBAN, J. y SALAS, J. L.

(1991): "El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, Extremadura Arqueológica II, pp. 269-282.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(1991): "El proyecto Hornachuelos: 1986-1990 (Ribera del Fresno, Badajoz)", *EA*, II, pp. 283-300.

(1995): "El problema de la Beturia en el marco del poblamiento prerromano del Guadiana Medio", *ExtraA (Homenaje a M. Gil-Mascarel)*, V, pp. 157-176.

(1998): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, UEX, Cáceres.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ, J. J.

(2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Bellaterra Arqueología, Barcelona.

ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J. y MARTÍNEZ LILLO, S.

(1998): *Carteia*, Madrid.

ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ LILLO, S. y BERNAL, D.

(2003): *Carteia II*, Madrid.

RUIVO, J.

(1997): "O conflito sertoriano no Occidente hispânico: o testemunho dos tesouros monetários", *Archivo Español de Arqueología*, 70, pp. 91-100.

- RUSSO, F.  
(2004): *L'Artiglieria delle Legioni romane*, Archeologia Vita Quotidiana, Roma.
- SALGUERO MARÍN, A.  
(1999): "Recinto fortificado en Higuera la Real (Badajoz). Aportación al sistema defensivo prerromano en la Baja Extremadura", *La Higuera*, 1, pp. 29-32.
- SANZ MÍGUEZ, C.  
(2002): "Panoplias prerromanas en el centro y el occidente de la Submeseta norte peninsular", en P. Moret y F. Quesada (eds.), *La Guerra en el Mundo ibérico y celtibérico*, Coll. Casa Velázquez, 78, Madrid, pp. 87-134.
- SPANN, Ph. O.  
(1987): *Quintus Sertorius and the legacy of Sulla*, The University of Arkansas Press, Fayetteville.
- STYLOW, A. U.  
(1991): "El *Municipium Flavium V(...)* de Azuaga (Badajoz) y la municipalización de la Beturia Turdulorum", en *Ius Latti y derechos indígenas en Hispania*, HAnt, IX, pp. 11-27.
- ULBERT, G.  
(1984): *Cáceres el Viejo*, MB, 11, Mainz.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J.  
(1999): "Oretanos en la Meseta sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas", *Revista de Arqueología*, 213, pp. 46-55.
- VICENTE, J. D.; ESCRICHE, C. y PUNTER, M. P.  
(1985): "Las construcciones defensivas del poblado ibérico del Cabezo de San Pedro (Oliete, Teruel)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4, pp. 63-93.
- VICENTE, J. D.; PUNTER, M. P. y EZQUERRA, B.  
(1997): "La capatapulta tardo-republicana y otro equipamiento militar de La Caridad (Caminreal, Teruel)", en M. Feugère (ed.), *L'Equipement militaire et l'armement de la République*, JRMES, 8, pp. 167-199.
- WINTER, F. E.  
(1971): *Greek Fortifications*, Phoenix Suppl., IX, Toronto.
- ZARZALEJOS PRIETO, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; HEVIA, P. y ESTEBAN, G.  
(1994): "Excavaciones en La Bienvenida (Ciudad Real). Hacia una definición preliminar del horizonte histórico-arqueológico de la Sisapo antigua", *Arqueología en Ciudad Real* (I Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la UAM), pp. 176-194.